

JUEVES CINEMATOGRAFICOS

El Dia
Gráfico

Lily
Damita

Mum, 20
Julio, 14



La bella artista cinematográfica, sobre
cuya nacionalidad se han hecho nume-
rosas hipótesis, pero sobre cuyo arte
no hay discusión alguna. Actualmente
Barcelona se honra con su presencia.

Marceline Day y Karl Dane en la producción
 "El Quinto" de la "Metro Goldwin".



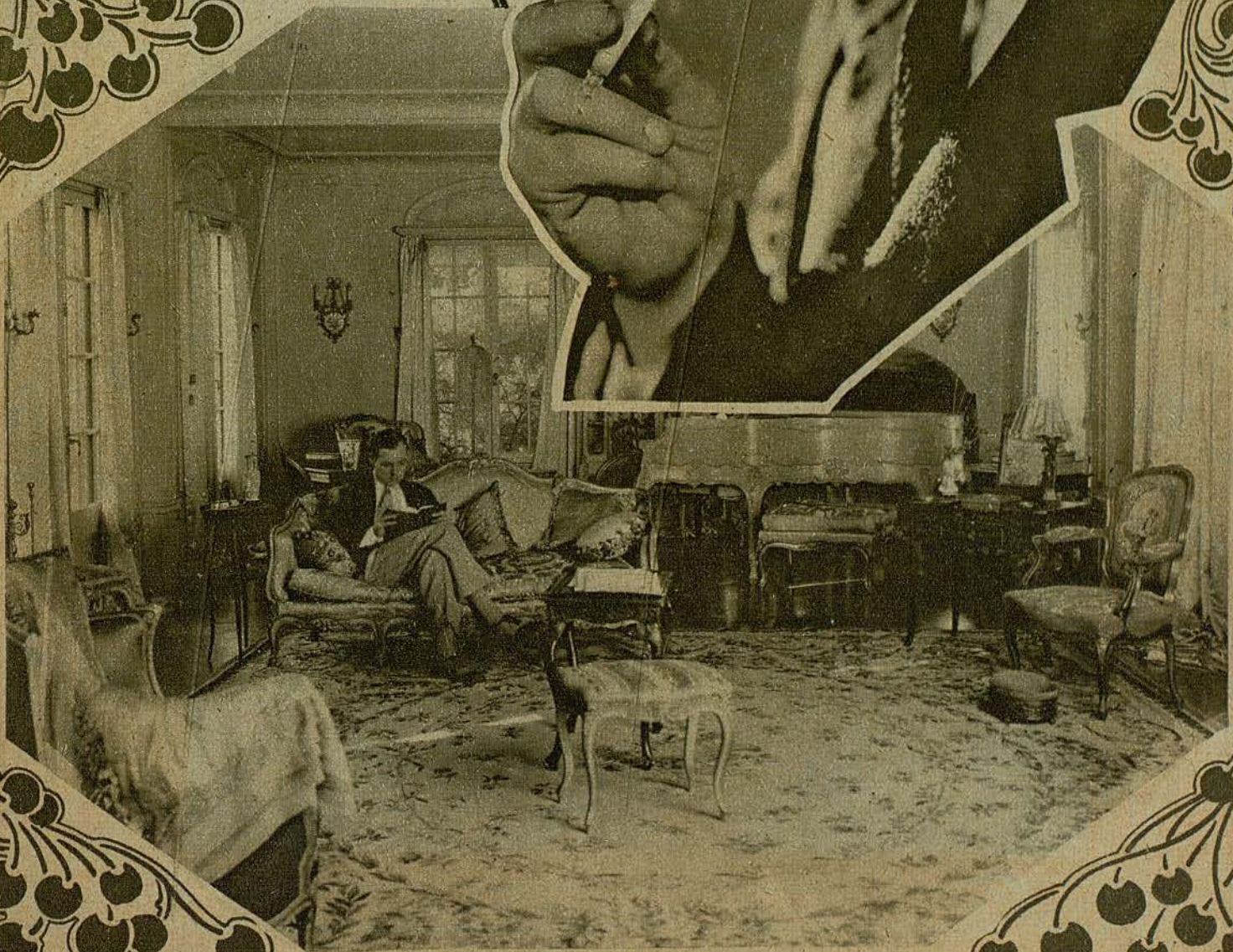
Un grupo de representantes de la cinematografía de diversos países junto con las primeras estrellas de la First National, que aparecen en la segunda fila por este orden (de izquierda a derecha): Loretta Young, Virginia Lee, Billie Dove, Dorothy Mackaill, Ana O. Nilsson, Mary Astor, María Corda, Yola d'Auvril y Natli Barr.

GEORGE BANCROFT

De la Paramount, es un artista de carácter, que aparecerá por primera vez en las pantallas barcelonesas.

CHARLES RAY

El simpatísimo actor de la M. G. M., en su domicilio de Beverly Hills, California.



Grupo de asistentes al homenaje tributado a don Enrique Huet,
director gerente de la firma L. Gaumont.



CONSTANCE TALMADGE, que la próxima temporada veremos—y admiraremos—en
el programa First, con la producción «La Venus de Venecia».

ARGUMENTOS DE PELICULAS

EL ULTIMO VALS

La reina Sonia, soberana de Silvania, dedicaba la mayor parte de su real existencia a soñar en el amor, cuya idea la obsesionaba.

Esta idea, como decimos, la perseguía, pero, en el momento actual, no se trataba de ella, sino de su sobrino, el príncipe Paul.

La reina pensaba en su posteridad y en no dejar caer la herencia real en manos extrañas. Hacía mucho tiempo que observaba que el príncipe se hallaba entregado a los placeres de la casa y no se percataba e no quería darse cuenta, de que había de llegar un momento en que se vería obligado a ocupar el trono de sus antecesores. Semejante abandono indignaba a la reina; a su alrededor tenía una porción de princesitas, en estado de merecer, entre las cuales creía encontrar la que legítimamente habría de hacer dichoso al príncipe Paul, habiendo recaído su real elección en la gentil princesa Elena.

Pero, cuando una reina se decide a tomar una determinación semejante, no sale a pregonarlo, por calles y plazas ni la anuncia a sus relaciones como haría cualquier otro mortal. En su consecuencia, la reina de Silvania reunió el gran Consejo privado.

Aquello causó un gran revuelo en el castillo real y más, cuando se vió que el mismo gran chambelán, en persona, velaba por el buen orden y trascurso de la ceremonia.

Cuando los miembros que componían el gran Consejo, estuvieron todos reunidos, la reina Sonia hizo una entrada que no fué muy majestuosa que digamos, debido a estar—¡ay!—excesivamente metidita en carnes, exceso que constituía, además de una puñalada traicionera a su estética, un defecto en lo que a su marcialidad se refería.

Con gesto altivo, verdaderamente real, dió orden a los consejeros de

sentarse, haciendo ella lo mismo en el trono.

Su discurso, empezó así:

—Por San Zórimo, mi glorioso antepasado, he decidido que la princesa Elena que acaba de llegar al castillo de Annuscheff, se case con mi que-

DE NUESTRO CONCURSO (Núm. 176)



RAQUEL MELLER
(por Roser Nel-lo, de Barcelona)

rido sobrino el príncipe Paul. Quiero que se encuentren por lo menos una vez antes de su matrimonio.

A penas Su Majestad había terminado de pronunciar estas palabras, cuando un cortesano objetó:

—¡Pero Su Alteza no conoce a su futura esposa!

La reina lanzó al interruptor una mirada fulmínea.

—La conozco yo—dijo—y eso basta. El maestro de Ceremonias de la Corte se inclinó:

—Parto inmediatamente a informar a S. A. R. el príncipe Paul de la decisión de V. M.

—Lo esencial es que le agrada—murmuró la reina—. Paul es un muchacho muy dulce, inclinado al romanticismo.

La reina Sonia, no obstante su elevadísima posición social, no conocía suficientemente a la humanidad, ya que al declarar que el príncipe Paul era un muchacho dulce y bendecido, no hacía más que equivocarse de medio a medio. Este, la mayor parte del tiempo disponible, que eran las veinticuatro horas cada día, se la pasaba dedicado a la casa, deporte que le gustaba extraordinariamente, ya que estaba dominado por violentas pasiones para las que no encontraba más desahogo que la muerte de inocentes pajarillos.

Por otra parte, era un cazador extraordinario y, cuando se presentó el enviado de la reina Sonia, estaba cazando el pato salvaje en compañía de su ayudante de campo, el capitán Wladimir Sarrazoff.

El príncipe Paul acababa de decirle a este último:

—¿Ves ese pato en pleno vuelo? Pues con un solo disparo...

Y dicho y hecho: de un certero disparo hizo descender al volátil, que vino a estrellarse contra el suelo.

Casi al mismo tiempo vió que en el jardín y sobre un magnífico pedestal había un artístico jarrón que tenía rota un asa, lo que fué motivo para que dijera al capitán:

—Vamos a reparar eso inmediatamente. Y sin mediar más palabras, se encará la escopeta y de un balazo rompió el asa que quedaba, lo que hizo exclamar a su ayudante:

—No recuerdo haber visto en mi vida un tirador tan maravilloso como Su Alteza.

El capitán decía la verdad.

Después de ejecutar todas estas proezas el príncipe Paul, fué a ver qué nuevas traía el mensajero de la

reina Sonia, su tía, y cuando éste le largó el mensaje que para él traía, exclamó dirigiéndose a su ayudante de campo:

—¡Wladimiro! Creo que me caso... Corre, ve a anunciar mi llegada al castillo de Annuscheff.

El ayudante de campo no se hizo repetir la orden y se puso en camino inmediatamente, no sin antes, haber recibido una misiva del príncipe que decía así:

«Alteza: Mi ayudante de campo, el capitán Sarrazoff, os entregará este mensaje, que me precederá de algunos minutos y cuyo objeto es, no solamente anunciar mi llegada, sino depositar a vuestros pies el rendido y respetuoso homenaje de un novio que arde en deseos de conocer a tan deliciosa prometida. Vuestro humilde servidor.—Paul»

La princesa Elena, al recibir aquella carta pareció un poco perpleja. No esperaba aquella proposición del príncipe Paul, y esta declaración, aunque hecha en términos protocolarios, la turbó mucho; había decidido no casarse más que con el hombre a quien amara, decidiendo saltarse a la torera las costumbres de la Corte. Había oído hablar del príncipe, pero como no le conocía personalmente, decidió eludir una respuesta definitiva. Como confiara su resolución a su dama de honor, la condesa Vera, ésta le hizo comprender que su opinión era muy tardía, ya que el príncipe Paul iba a presentarse de un momento a otro.

Eso hizo reflexionar a la princesa y después de algunos minutos de silencio, dijo a la condesa, su confidente y amiga:

—¡Bueno! escúchame. He decidido que pase usted por mí ante mi prometido, que me represente...

—No comprendo—dijo la condesa, asombrada.

—Pues es muy sencillo: usted adopta mi personalidad y mi nombre, ya que el príncipe no me conoce por no haberme visto nunca, y yo seré su dama de honor.

Esta proposición causó un ligero sobresalto a la condesa Vera, pero quien manda, manda...; no había más remedio que obedecer. De manera que cuando llegó el príncipe Paul, la presentación se hizo con arreglo a lo convenido entre ambas jóvenes.

Y sucedió: que como la condesa era una criatura angelical, el príncipe Paul encontró a la falsa princesa muy de su gusto y, por su parte, el capitán Sarrazoff, ayudante de campo del príncipe se enamoró perdidamen-

te de la dama de honor de «doublé», sario fuera el príncipe a quien ser-

Así los hechos, se organizó un paseo en trineo; aquello fué fatal, porque el príncipe Paul, habiendo sabido, por una indiscreción, que la condesa Vera, la dama de honor, no era otra que la princesa Elena, se acercó a esta última y empezó a hacerle la corte asidua ante los ató-

via, se arrojó sobre él con el sable desenvainado. El príncipe llamó a la guardia; intervinieron algunos hombres y el capitán Sarrazoff fué detenido y conducido como un vulgar criminal. ¿No acababa de cometer un crimen de lesa majestad?

El príncipe había sido ultrajado y según órdenes del mismo, se reunió un Consejo de guerra que condenó a Sarrazoff a muerte. Cuando se enteró de la sentencia, el príncipe Paul hizo que compareciera ante él a su antiguo ayudante de campo, y le dijo:

—Os concedo un plazo de una hora para permitirnos bailar por última vez con la princesa.

Aquel había de ser su último vals.

Fuése a la Opera reflexionando en la amistad que no hacía horas le unía al príncipe. Echó una mirada postrema (17) a una pitillera sobre la cual se leía: «Paul de Silvania a su siempre fiel amigo Wladimiro Sarrazoff a quien debo la vida».

El capitán, en efecto, en una partida de caza había arrancado al príncipe de las garras de la muerte.

Ahora todo había terminado y de aquello ¿quién se acordaba? La hora fatal iba a sonar, cuando el príncipe surgió de improviso para decirle:

—Capitán Sarrazoff, usted ha sido siempre un valiente soldado; usted será tratado como tal, pero yo le ofrezco una reparación como a un igual. Liquidaremos nuestras diferencias a pistola, y el que caiga, caerá en el campo del honor.

El duelo se efectuó, pero el príncipe Paul, habilísimo tirador, en lugar de tirar y afinar la puntería contra su amigo, lo hizo contra el péndulo de un reloj de pared al que partió en mil pedazos de un certero balazo. Aquello hizo mucha gracia a todos los concurrentes. Ante aquel gesto, Elena concedió su mano al príncipe, y Vera, que admiraba a Sarrazoff desde el primer día, tendió la suya al capitán.

Aquellas dos felicidades nacieron al mismo tiempo.

¿Una película hablada del ex Kaiser?

Según informa la revista neoyorquina «Zit'z» próximamente filmará el ex Kaiser Guillermo II en una película hablada un discurso sobre la guerra pasada, sus causas, sus equivocaciones, sus resultados.

DE NUESTRO CONCURSO

(Núm. 177)



ANTONIO MORENO

(por Enrique Suñé Bullich,
de Barcelona)

nitos ojos del capitán. Este, que no sabía una palabra de nada de lo que ocurría y que estaba muy enamorado de la joven condesa, contra la que casi se incrustaba amorosamente en su trineo, fué presa de un repentino furor a la vista de las inconveniencias cometidas por S. A. con la que él ya amaba con frenesí.

Una escena de «conquista» tenía lugar en una posada donde los trineos tuvieron que detenerse, y, los vapores del champán fueron la causa de que el príncipe empezara a poner sitio a la fortaleza, que no era otra que la condesa Vera.

Al ver esto, Sarrazoff no pudo contenerse y a pesar de que su adver-

ACTUALIDADES CINEGRAFICAS

DE NUESTRO CONCURSO
(Núm. 178)



THEODORE ROBERTS
(por Juanita Homs, de Barcelona)

«DINAMITAN»

Es el título de una producción de la M. G. M. que dirige Cecil de Mille, en la que ha elegido como estrella a la bellísima y desconocida Carol Lombard, doctorada, tres ruidosas oposiciones, entre las hermosas y «desvestidas» huérfanas de Mack Bennett. Que es una chica que promete le demuestra el hecho de que de buenas a primeras tendrá que habérselas con el genial Conrad Nagel, figura de primera magnitud y estrella con fulgor propio y vivísimo, del firmamento de Hollywood.

UNA «STAR» QUE CANTA BIEN

El día primero del corriente habrá debutado de no haber ocurrido algo anormal, la estrella Ina Claire en un film Pathé parlante titulado «La variedad infinita».

Esta estrella y la Olga Baclanova son las que se adjudicaron los primeros premios en el concurso de voces celebrado recientemente en Hollywood. que según comenta jocosamente la Prensa de allende el Atlántico, hubo momentos en que parecía más bien un «circo gallístico» que otra cosa...

MERECIDO DESCANSO

El conocido director Allan Dawn, que acaba de dar los últimos toques a «La máscara de hierro», producción de Douglas Fairbanks, se ha tomado unas semanas de vacaciones que utilizará para pasar una temporada en Europa. Se dice que viene para ver al mismo tiempo cómo estamos de técnica por aquí...

LA LINDA BEBE

Bebé Daniels, que ha terminado su larguísimo contrato con la Paramount, ha quedado a disposición de las empresas. Ha manifestado que jamás trabajará en comedias, sino en dramas...

—¿Qué piensa usted hacer ahora con toda aquella colección de animalitos que tenía en el estudio... la pantera; el osito, un calimancito, etcétera, etcétera? — le preguntaron.

—Muy sencillo, nos respondió, me los llevaré a casa...

Ya lo saben los visitantes impertunos.

DE UNO A OTRO HEMISFERIO

Dita Parlo ha terminado con la Paramount y se va a Berlín, no sabemos si contratada; aunque nos parece, y además se muestra, que una importante firma alemana le ha hecho ventajosas proposiciones.

De todos modos, el traslado es; como son los de la carrera consular «De Hollywooda Berlina»; como quien dice: ¡allí! a la acera de enfrente!

FIN

¡Vaya encargo el que le ha hecho la M. G. M. a Mr. Harry Beaumont! ¿Saben ustedes a lo que se dedica dicho señor en los estudios de la mentada empresa? Pues a seleccionar «gracias» para el nuevo film «Broadway Melody».

Son numerosísimas las egípcas llamadas, pero muy pocas las elegidas.

Mr. Harry es muy severo y sigue los cánones venecianos con la estricta métrica en la mano... y, la verdad, reunir todas las condiciones de una Venus de Milo o de Médici es un poco difícil. ¡No sea usted tan exigente, hombre! Los tiempos han variado mucho y las formas también...

DE NUESTRO CONCURSO
(Núm. 179)



JOHN BARRYMORE
(por Jaime Cabré Fontboté, de Barcelona)

El fracaso de un maleficio

En los Estudios de Pathé no existe la superstición. La ciencia ya ha ido destruyendo todas esas teorías que torturaban a nuestros antepasados. Ya hemos visto que un gato negro no araña más ni ofrece más inconvenientes que uno de otro color, y que el pasar por debajo de una escalera o romper un espejo no influye absolutamente en nada en las empresas que el hombre se propone realizar. Los artistas, sin embargo, viven siempre apegados a estas teorías, y ahora varios artistas de la Casa Pathé se han propuesto dar al traste con la dicha idea. Bajo la dirección de Howard Higgin acaban de terminar en los Estudios de Pathé una película titulada «The Leathernecks», en la cual trabajan solamente trece (13) artistas, y esto no ha sido obstáculo para el éxito de esta nueva producción, en la que es William Boyd la estrella. Diane Ellis le acompaña, y es la única mujer que trabaja en esta cinta. Tan maravillosamente desempeña su papel, que los críticos norteamericanos han tenido grandes elogios para ella.

«The Leathernecks» es una historia que relata la vida de los marinos americanos desde que se firmó el armisticio, por lo cual podrán imaginarse mis lectores lo interesante del argumento.

LAS "ESTRELLAS" ANTE LAS CUARTILLAS

MI MATRIMONIO

por VILMA BANKY

MI novela de amor, mi verdadera historia, es la de mi matrimonio. Hubo un tiempo, cuando yo pensaba en el amor, en que cerraba los ojos y veía, inconscientemente, un rostro, el rostro mate de un joven, cerca del mío.

Cuando desembarqué en Hollywood, procedente de mi ciudad natal, Budapest, me consideré muy pequeña, intimidada y solitaria.

Mr. Goldwyn, que se dió cuenta, tuvo piedad de mí y encargó a uno de los artistas de su Compañía que parecía disfrutar de toda su confianza, que se ocupara un poco de mí. Era éste, un muchacho alto, muy moreno, con alegres y rientes ojos, que me hicieron tener confianza en él inmediatamente. Aquel mismo día me invitó a comer y me presentó a muchos camaradas que me recibieron con amabilidad; aquello me animó algo y ahuyentó mis pesares. A partir de aquel momento, empecé a encontrar a Hollywood agradable.

Sin embargo, y no obstante poder conjugar el verbo amar en seis lenguas diferentes, mis pensamientos (al menos así lo creía yo) distaban mucho de referirse al amor. Estaba obsesionada únicamente con el deseo de trabajar, de triunfar; no pensaba más que en eso.

Tuve, sin embargo, el honor de debutar al lado del hombre que seguramente ha batido el record de conquista femenina (he querido nombrar al malogrado Rodolfo Valentino). Pero, abstraída con los asuntos exclusivos de mi profesión, pude pasar a su lado largo tiempo sin que, a pesar del contacto continuo, mi corazón experimentara la más ligera desazón.

Tuve ocasión, rodando con él «El Águila» y «El hijo del caído» de hacer un detenido análisis de aquel encanto misterioso que a tantas mujeres enloqueció.

Estoy plenamente convencida de que eso tenía lugar en lo extraño y enigmático de su mirada, de aquella mirada que tantos jóvenes llenos de esperanzas y pretensiones, han tratado en vano de imitar y que venía desde el fondo de su alma, o mejor dicho: era su alma la que se asomaba por sus ojos.

Es cierto que hay millones de mu-

DE NUESTRO CONCURSO
(Núm. 180)



CHARLOT-VISION VIVRACIONISTA
(por Angel Planells, de Cadaques)

jes que han soñado con su boca de labios carnosos y sensuales, en sus manos acariciadoras, en su juventud plétórica de fuerzas y energía, pero, a mi juicio, eran sus ojos, aquellos hermosos ojos latinos, llenos de ardientes promesas, los que más «víctimas» causaron.

El segundo «partenaire» que me dieron era también uno de los hombres más seductores de la pantalla. No obstante, no vi en él más que un camarada, y a fe mía que no podía desear otro más delicioso. Me refiero a Ronald Colman.

Ronald, es completamente diferente a Valentino. Nada de misterios ni de melancolías. Es el más alegre y franco compañero que he tenido en mi vida. No sé si entonces pensaba seriamente en el amor; lo único que puedo decir, es que las aventuras de los otros le interesaban prodigamente. Todos los «fios» y «hablillas» de la colonia eran para él motivo de diversión y cuando por casualidad una de estas «hablillas» se trocaba en realidad, aplaudía como un chiquillo.

Me parece verle todavía cuando se enteró de que Eleonor Boardman y King Vidor habían llegado a estar tan enamorados que no habían podido soportar la espera hasta fin de mes para casarse y habían celebrado de prisa y corriendo la ceremonia en casa de su gran amiga Marios Davies, en Beverly Hills, y le oigo todavía aplau-

dir como un niño cuando supimos que Lew Cody se había llevado a Mabel Normand y se había casado con ella ante el pastor de Ventura, a las dos de la madrugada.

Si; Ronald tiene un corazón de oro, siempre alegre y feliz con la dicha ajena, motivo por el que gusta a todas las mujeres; a pesar de sus inmejorables dotes, confieso sinceramente que no pensaba en él. Me acuerdo perfectamente que cuando rodábamos juntos, en la pradera, «El matrimonio de Bárbara Worth», pasaba yo las noches deleitándome con la contemplación de aquel hermoso cielo tachonado de estrellas, desolada por no poder leer en ellas mi destino que me inquietaba bastante, a pesar mío.

Y yo me preguntaba:

«—Permaneceré mucho tiempo con el corazón vacío? ¿Qué será de mí? ¿Voy a envejecer aquí, sin amar a nadie? ¿Volveré a mi país para buscar un marido?»

Por fin llegó el día en que todas esas cuestiones fueron resueltas.

Aquel día me encontraba en un hermoso «canot», resguardada de los ardientes rayos solares por una sombrilla japonesa y conducida a la orilla por un joven, alto, muy moreno, con alegres y rientes ojos... el mismo, en una palabra, que me había hecho conocer Hollywood.

El agua estaba tranquila y la tarde llena de mágicos encantos; yo creía, sinceramente, como en los primeros días, pasear con un camarada.

Y, de improviso, este camarada me mira, y sus ojos antes alegres y reidores, tórnanse graves; en seguida leo en ellos mil cosas inesperadas... Nada tuvimos que decirnos; aquel silencio elocuente valía más que mil discursos. Ambos nos habíamos comprendido.

En un momento, supe que desde el primer día me había amado y yo le había correspondido.

Algún tiempo después, estábamos casados. Y, si ahora alguna vez pienso en el amor, no tengo más que cerrar los ojos para volver a ver el rostro mate junto al mío, del que antes os hablé; allí está sin cesar, ya que es el de mi querido marido, el de mi Rod La Roque.

UNA ENCUESTA

Los HOMBRES "IDEALES"

Hemos preguntado a algunas estrellas de primera magnitud, cuál era su ideal masculino en la pantalla. He aquí sus respuestas:

—¡Pues bien! — me dice Louise La-grange, después de unos sorbos en su tacita de té —, yo creo que Ramón Novarro es el que para mí representa el héroe ideal en el cine.

—Vea usted; no es solamente la belleza de Novarro lo que me entusiasma, sino más todavía su juventud, su impetuosidad y su encanto poético. Además, posee eso que los americanos llaman el «it», palabra que no tiene traducción exacta en nuestro idioma y cuya justa equivalencia vendría a ser el «aquí». No obstante puede expresarse así: el «it» es el encanto de extraño poder que se desprende de algunos seres y que atrae hacia ellos innumerables y grandes simpatías y sobre todo, simpatías amorosas nacidas espontáneamente y con la celeridad del relámpago. En lo que a las mujeres atañe creo sinceramente que Clara Bow y Greta Garbo son las dos estrellas que poseen el «it» en su más alto grado. De los hombres, Novarro, según mi modo de ver, debe quedar fuera de concurso...

—Todavía veo otros dos héroes: Ronald Colman y Lars Hanon. Pero observe que admiro a muchos otros; mas estos que le acabo de citar, tienen, para mí, además de su gran talento, un carácter; una fisonomía, una presencia y unas actitudes y expresiones que me encantan particularmente...»

Sentada en su lecho, de espaldas a la luz, Olga Day está próxima a mí y acaricia mis oídos su charla frívola y amena.

Su espalda venusina, blanca como el alabastro, emerge de un mar proceloso y agitado de puntillas.

Toda ella da una extraña sensación de la languidez y energía al mismo tiempo.

—¡Oh! Amo, sobre todo, a los artistas americanos. Tienen el tipo bien definido. No son autómatas, fantoches, sino caracteres.

Hay un silencio. Lentamente, Olga Day deja escapar de su boca, roja como la flor del granado, el humo delicadamente perfumado de su cigarrillo oriental. Luego, añade:

—Mi ideal lo tengo repartido entre tres, cada uno de los cuales posee un pedazo: John Gilbert, John Barrimore y Ronald Colman.

—Me gusta la poderosa llama y el brillo, a veces insolente, de los ojos de Gilbert. Amo el fiero gesto de Barrimore y su lirismo. Y me gustan extraordinariamente el aire medita-

bundo y pensativo, la mirada intensa y la dignidad de Colman.

—Cuando se trata de ver un film en el que interviene alguno de esos actores, no falto nunca y jamás sufro una decepción. De todos modos, creo que el que más se aproxima a la per-

DE NUESTRO CONCURSO

(Núm. 181)



RUDOLPH SKILDRAUD

(por Tomás Andorra, de Barcelona)

fección es Ronald Colman cuando Vilma Banky le da la réplica. Estos dos seres se completan de una manera prodigiosa, ¿no le parece? Os confieso con toda sinceridad que, a pesar de haber visto un número incalculable de veces «El ángel de las tinieblas» no me canso y volveré a ver este film tantas veces como esté en el cartel...»

—Si algún día me da por casarme, lo haré con un hombre que se parezca a John Gilbert — declaró no ha mucho, con su franqueza habitual Joan Crawford.

—Gilbert, ¡el ideal hecho hombre! Moreno, con ojos negrísimo de una variedad extraordinaria de matices. Su carácter es curioso, fantástico y además... ¡qué buen bailarín!... Pero ¡ya ve usted! — exclama de pronto nuestra joven estrella — yo no me casaré nunca...»

Y para probar, una vez más, el

adagio que dice: «No se puede decir de esta agua no beberé», Joan está a punto de casarse con el gentil y seductor hijo de Douglas Fairbanks. No se parece mucho, que digamos, a John Gilbert, pero es, según parece, para miss Crawford el ideal hecho hombre.

El amor sopla del lado que quiere, ¿no es verdad? He aquí un matrimonio romántico que atizará, además de los fuegos del himeneo, los del reclamo y la propaganda.

Ligera y elegante con su hermoso traje de «volles» que la envuelve como una bruma azulada de un atardecer otoñal, Simone Vandry habla con voz grave. Su boca de labios gorduzuelos y jugosos, parece la de un niño; sus cortos cabellos de color castaño, caen alrededor de sus redondas mejillas marcando todos sus movimientos y siguiendo el ritmo de los mismos.

—Me gusta mucho Jean Dehelly — me dice — y sobre todo rodar con él. Es un muchacho adornado de raras dotes y encantador. En un género diferente, me gusta Charles Janel como actor y como «partenaire».

Y tuve un gran placer al rodar con Warwick Ward «Odette». Admiro de tal manera a este actor, que cada vez que rodaba sin mí, me tenía usted en escena para estudiar su juego. Rodar con él es, además de una enseñanza un placer, porque es un hombre encantador...

He aquí, por lo menos, una artista que está contenta con sus «partenaires». No puede decirse lo mismo de todas las estrellas.

Mientras un lujoso fonógrafo emitía las desgarradas notas de un charleston, Lily Damita me decía algunos días antes de su partida para América:

—Parto para trabajar con un artista que admiro profundamente: Ronald Colman. Y créame usted, que si me he decidido a ir allá es únicamente por esta razón. ¿Hubiera emprendido este viaje si no?... Ronald representa mi ideal masculino. Si, me intriga y me entusiasma. ¿Conservaré esta ilusión después de haber trabajado con él?

Creemos que no fué decepcionada, ya que hasta nosotros llegaron noticias de la amistad tierna y sincera con que rodeaban a su «partenaire» en la toma de visats de «Salvamento».

Y hoy, se anuncia que, por su parte, el invencible Colman está encantado de la gracia sana y alegre de la joven artista...

M. ALBY

HABLANDO CON LAS "ESTRELLAS"

El gran actor teatral, Alcover, que acaba de crear el principal papel de "L'Argent", nos cuenta sus impresiones en los comienzos de su carrera cinegráfica

Un «camerino» de artista en el teatro Sarah - Bernhardt y en él, Alcover, que dentro de poco será en «L'Argent» un Flambeau impresionante, no ha vestido todavía su ropa de escena. Con su traje oscuro y su mirada emboscada tras las gafas de concha, tiene el aspecto cabal de un moderno hombre de negocios. Así que no vacilo, ya que me parece una cosa muy natural, al hablarle de «El Dinero»...

—Ya había rodado otra vez, hace algunos años, en «En plongée» — me dice M. Alcover —. Pero considero a «L'Argent» como «mi primera y verdadero película. ¿Que cómo he llegado a desempeñar este papel? Muy sencillamente. Una mañana, Marcel L'Herbier me llama por teléfono; me expone sus proyectos y me solicita para rodar «algo» a modo de ensayo... y al día siguiente firmaba un contrato para rodar «L'Argent». ¡Ya ve usted!

—Estos meses de trabajo en el estudio ¿le han hecho tomar gusto a la profesión de «vedette» de cine?

M. Alcover me mira con aire de lástima.

—Me veo obligado, para ser franco, a causarle mucha pena: si tuviera que escoger entre la escena y la pantalla, confieso que preferiría sin vacilar, permanecer como actor de teatro. El cine es un arte extraordinario que me interesa infinitamente. Pero es un arte en que todo el placer es para el «metteur en scènes». El verdadero intérprete es él. Las estrellas y demás figuras de la pantalla no son más que peones que el «metteur» mueve a su gusto sobre el tablero, para ganar una partida cuyo jaque es el obtener un hermoso film... Prefiero el teatro por egoísmo, porque el pla-

cer del actor es en él superior. La atmósfera de la escena, la presencia real del público, crea, en el teatro, un ambiente que permite al actor «vivir» cada noche, intensamente, su papel y sentir magníficas emociones. En el estudio es otra cosa...

Pregunto a M. Alcover si la experiencia de actor de teatro, le ha sido útil en el estudio.

— Ya lo creo — responde con viveza —. Está de moda en algunos centros cinegráficos oponer el cine al teatro y hacer dos artes enemigos.

Error profundo. No hay, de una parte, el «juego teatro» y de otra el «juego cine»... Me encarga que exprese mis verdaderos sentimientos.

Estos siempre los expresaré con arreglo a mi temperamento, a mi naturaleza. Impide, acaso, el teatro a Pierre Blanchard ser una excelente estrella de la pantalla? Mosjoukine, Barrymore, Jannings, son antiguos actores de teatro...

DE NUESTRO CONCURSO (Núm. 182)



ERNEST TORRENCE
(por Juan Ferrer Miquel,
de Barcelona)

—¿Después de su brillante debut en «L'Argent» continuará censurando al cine?

—¡Si no lo censuro! Me interesa demasiado el cine para que yo lo censure. La mejor prueba es que acabo de firmar un contrato por tres años con «Cineromans de France»...

—¿Y el cine parlante? ¿Le interesa esta nueva modalidad de Arte?

—Confieso no haber reflexionado sobre el particular — me dice M. Alcover —. Además, conozco tan poco el film parlante que no me juzgo autorizado para emitir una opinión. Después de todo, quizá me tentará eso algún día...

Hablamos de nuevo de «L'Argent» a cuya representación asistió recientemente M. Alcover.

—Creo sinceramente que es un hermoso film — me dice —. Siento verdadera admiración por Marcel L'Herbier, que ha sabido realizar una obra poderosa ¡Y Brigitte Helm! ¿La ha visto usted? Es una compañera encantadora y una artista asombrosa...

—Pero, usted... ¿qué impresión ha sentido usted cuando se ha visto en la pantalla?

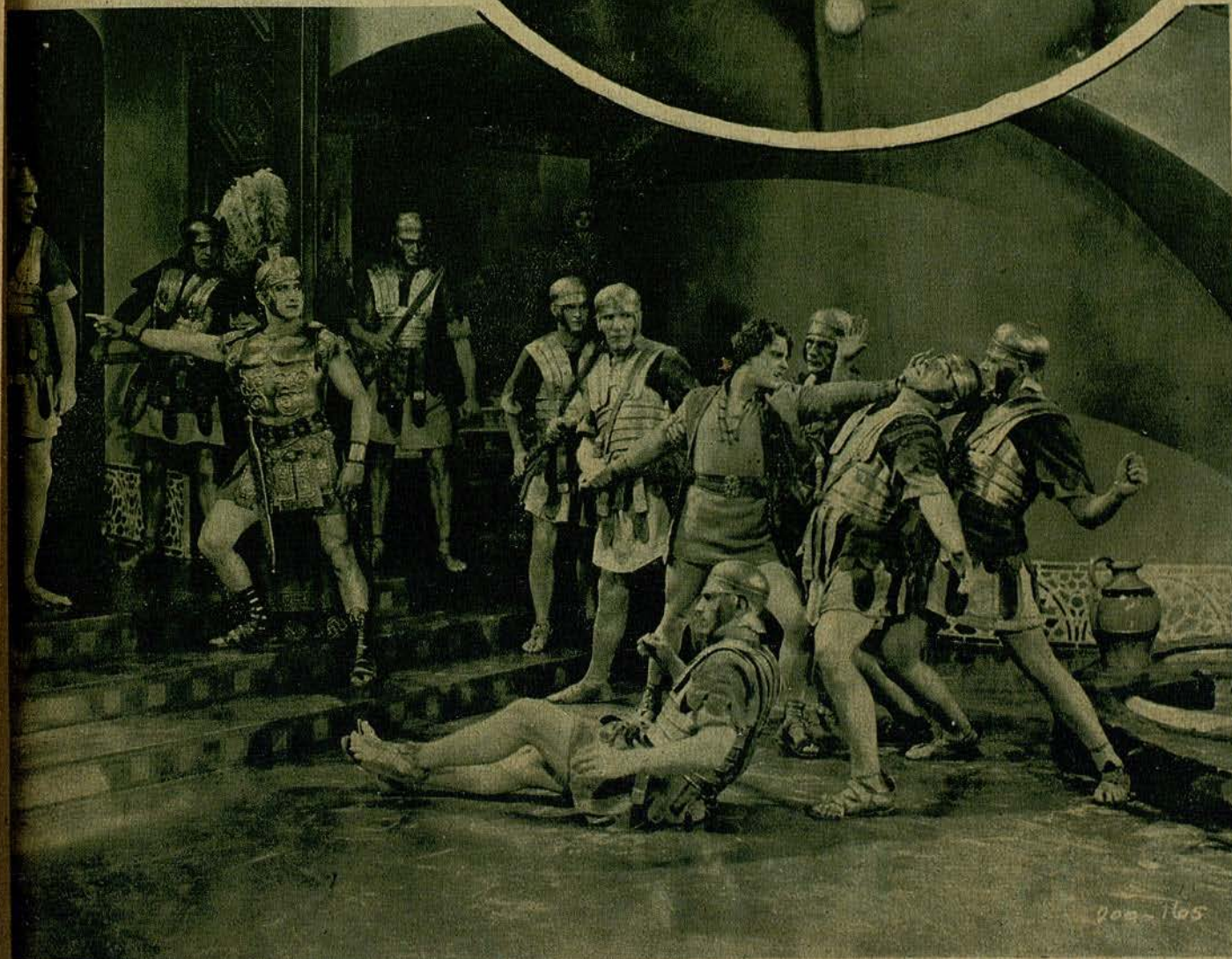
—¡Pau! — Algo desagradable — dice modestamente el gran actor —. Yo había soñado el papel de otra manera... Pero como lo que se realiza es siempre de peor calidad que lo que se sueña y se piensa hacer, he quedado un poco decepcionado... Pero no importa. De todos modos, créame que L'Herbier tiene suerte. Su película «ha caído» a su debido tiempo. Sin querer, Mme. Hanau con su famosa «Gaceta del Franco» ha hecho a nuestra película una magnífica publicidad...

C. DORE



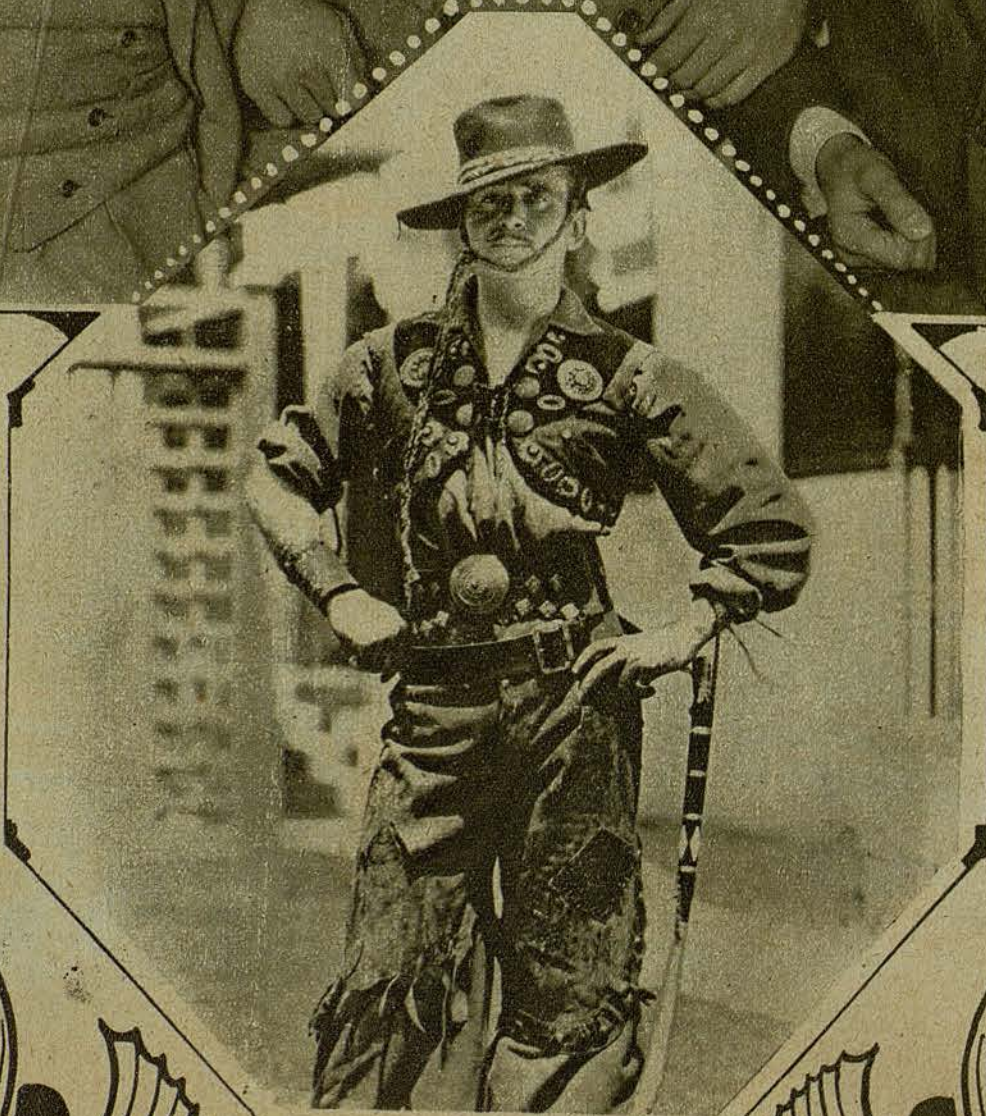
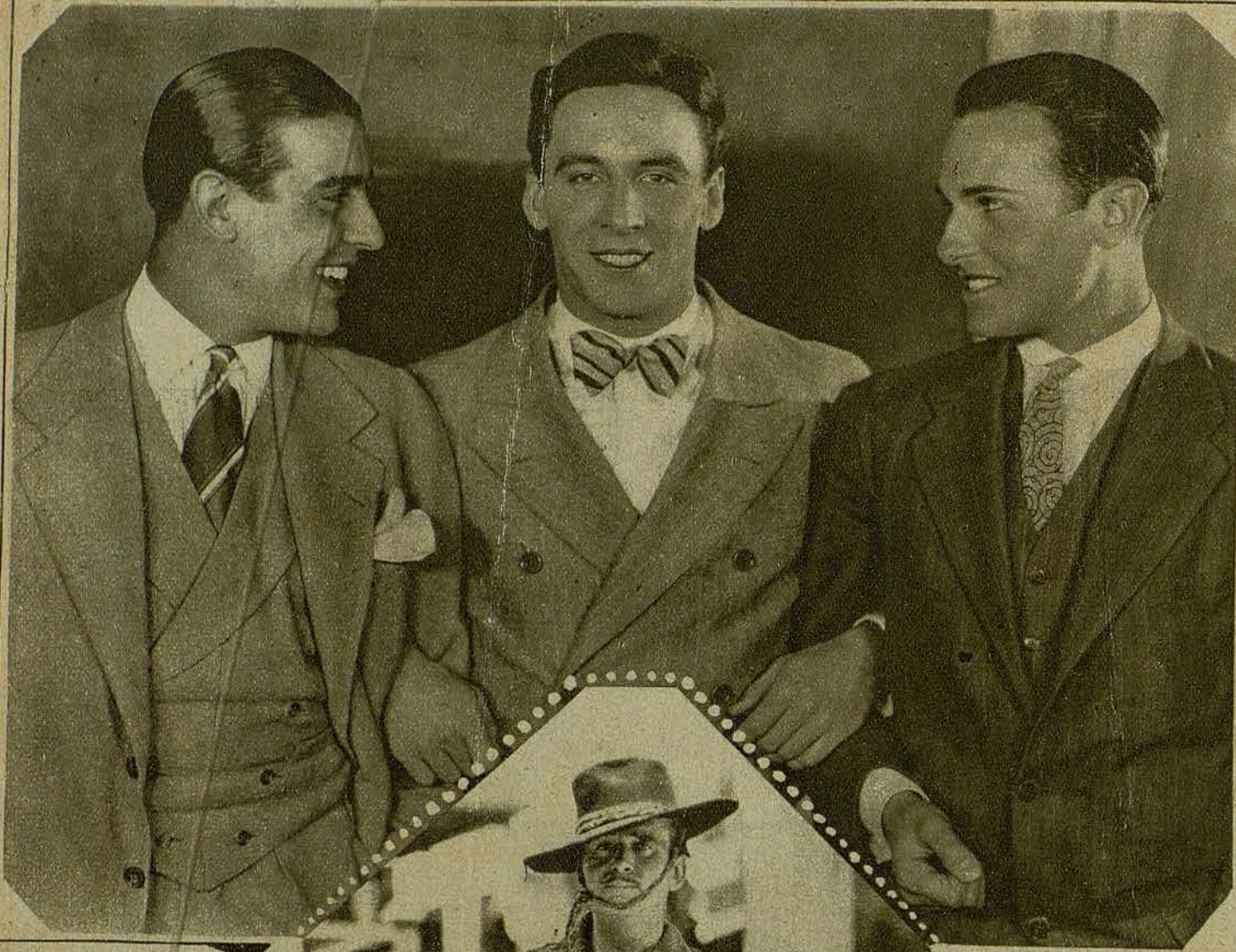
JACKIE COOGAN

De la M. G. M., saluda militarmente, después de haberse cortado la melena. Esta actitud pertenece al film «El pequeño cornetín».



RAMON NOVARRO.—De la Metro Goldwyn, hace un vano esfuerzo para desprenderse de los soldados romanos que le retienen. La escena pertenece a la gran película «Ben Hur».

UNO ENTRE DOS. Alberto Rabagliati, izquierda, vencedor del concurso de belleza de la Fox-Film en Italia, y Antonio Cunellas, vencedor del concurso de la propia casa en España, charlan con O'Brien (centro), en el estudio de Nueva York, donde este espléndido actor trabaja en el papel de protagonista en su nueva película "East side, West side".



EL GRAN DOUGLAS

Helo aquí vistiendo el traje gallardo y suntuoso de los gauchos, tal como aparece en su última producción.



MARIA CASAJUANA

Nuestra bella paisana, que después del éxito alcanzado en Barcelona al ser elegida por la Fox-Film para su elenco, ha obtenido el tercer premio de belleza en el concurso de Galveston. Dentro de pocos días comenzará a filmar su primera película.



NORMA SHEARER

La bellísima artista de la M. G. M., cuyos admiradores barceloneses se han
constituído en una peña bajo su advocación.